

**EDICIONES
BIBLOS
MADRID**

3

**MAGNIFICAS NOVELAS
I. BABEL**

LA CABALLERIA ROJA

CUBIERTA EN COLOR Y 30 DIBUJOS DE MAROTO
EDICIÓN DE VOLUMEN (EN TODAS LAS LIBRERIAS) 4,50
EDICIÓN POPULAR (EN TODOS LOS KIOSKOS: 1 PTA.)

F. DOSTOIEVSKY

Barbas de estopa

CUBIERTÁ EN COLORES Y GRÁBADOS DE MAROTO
EDICIÓN DE VOLUMEN (EN LAS LIBRERÍAS): 4,50
EDICIÓN POPULAR EN LOS KÍOSKOS): 1 PTA.



CON 4 LAMINAS DE MAROTO FUERA DE TEXTO
EDICION DE VOLUMEN (EN LIBRERÍAS) 4,50
EDICION POPULAR (EN KIOSKOS: 1 PTA.)

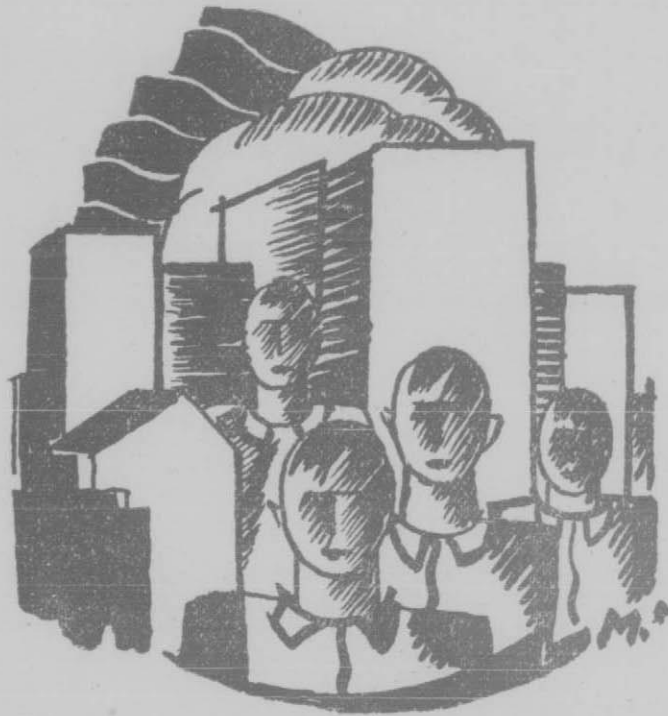
ADMINISTRACIÓN: PEDRO PELLICENA Alcalá, 17 MADRID

D/15887

Don Juan García Fontán

5

POST-GUERRA



4 JUL 1973

25
ctms

OCTUBRE 1927

CARLOS MARX

SU VIDA Y SU OBRA

POR

MAX BEER

PRECIO 2.00

Biblioteca POST-GUERRA

MANIFIESTO

DEL PARTIDO COMUNISTA

POR

MARX y ENGELS

PRECIO: 0,50 PTS.

Biblioteca POST - GUERRA

"CLARIDAD"

POR

H. BARBUSSE

PRECIO: 4,75 PTS.

Biblioteca POST - GUERRA

LEA V. LA

REVISTA POPULAR

La publicación de mas fuerte ideología que se edita en Andalucía

Aparece en Córdoba los días 1 y 15 de cada mes

PRECIO DEL EJEMPLAR: 0,30 PTS.

REDACCIÓN: DIEGO DE LEON, 8

Ideario Bolchevista

POR

LENIN

PRECIO: 3,50 PTS.

Biblioteca POST - GUERRA

Socialismo y

movimiento obrero

POR

SOMBART

PRECIO: 5,00 PTS.

Biblioteca POST - GUERRA

**El Triunfo del
bolchevismo**

POR

TROTSKY

PRECIO: 3.50 PTS.

Biblioteca POST - GUERRA

AÑO I

Número 5

Madrid

25 de

Octubre

de 1927

POST-GUERRA



Admi-
nistración
provi-
sional
Marqués
de
Cubas, 8

ENCARGADOS DE LA DIRECCION

JOSÉ ANTONIO BALBONTIN — Y — RAFAEL GIMÉNEZ-SILES

De la secretaría de redacción: ALFREDO MARQUERÍE



El Congreso de la U. G. T. y la unidad sindical

Para nosotros que seguimos con el mayor interés todos los problemas que afectan a la clase obrera, es motivo de dolor el presenciar la enorme división en que se debaten los trabajadores. El hecho de que se haya olvidado ese gran lema de «la unión es la fuerza», que durante años y años ha sido la palanca que ha movido a los proletarios de todos los países, nos afecta hondamente.

Y al decir esto, no es que queramos caer en esa fórmula pacifista y llorona propia de sociólogos burgueses aunque se tilden de más o menos liberales, consistente en aconsejar la unidad obrera de una forma abstracta.

Nos explicamos que en el terreno político se dibuje una separación en partidos dentro de la propia clase obrera. Es imposible conciliar ideologías basadas en diversas concepciones filosóficas o económicas, o en procedimientos tácticos. La unidad política de la clase obrera es, por tanto, imposible.

Pero si esto sucede en el terreno político, no ocurre lo mismo en el campo sindical. En el sindicato, el obrero ingresa en concepto solamente de productor y no como adicto a determinados principios políticos. Basta para ser sindicado, reconocer la lucha de clase, y esto no puede dejar de reconocerlo un obrero consciente.

Creemos, por esto, que la unidad sindical es posible y debe llevarse a cabo. Claro está que sabemos también que no es precisamente la masa obrera quien se opone a ello, sino determinados jefes que temen la pérdida de sus intereses creados.

La unidad sindical nacional e internacional, es el problema más fundamental que a la hora presente tiene planteado la clase trabajadora. En España, esta cuestión es tan importante como en el país que más. Han existido siempre dos organizaciones sindicales nacionales. Esto era ya de por sí un gran daño al movimiento obrero general.

Sin embargo, la situación es actualmente mucho peor. Existen bastantes organizaciones obreras que no pertenecen a ninguna central nacional. Existen también muchos trabajadores a quienes esta misma división que se observa en el campo obrero aleja de las filas de la organización. Si se quiere hacer revivir el movimiento sindical, es necesario llegar a la unificación.

El problema es bastante importante para que merezca la más asidua atención de los elementos dirigentes de los trabajadores. El comicio nacional que recientemente ha celebrado la Unión General de Trabajadores, estaba llamado a pronunciarse, a realizar trabajos en este sentido. Así lo esperábamos los que seguimos con inmensa emoción los avances del proletariado y la mayoría de los trabajadores.

Los directores de la U. G. T. no han estimado oportuno abordar este problema. Ni siquiera han creído su obligación dar a conocer la propuesta que en ese sentido había formulado un importante sector obrero. Ese silencio que guardan ante tan fundamental problema, es indicativo de que para nada tienen en cuenta los intereses más inmediatos de los trabajadores, que diariamente tienen que experimentar las injusticias de la explotación capitalista. Es a los trabajadores mismos a los que les corresponde poner manos a la obra, saltando por encima de los jefes, si es preciso.

Pacifismo

Los «grandes pensadores» de la pequeña burguesía (ayer Wells, hoy Norman Angell) vienen consagrándose, con estéril ahínco, al estudio del grave problema de la paz mundial (Terrible señal de que la guerra se prepara.)

Da grima ver la inanidad de las pretendidas soluciones de estos grandísimos «filisteos», que decía Lenin. Wells incurre, una vez más, en la candorosa utopía tolstoyana, y supone que con predicar insistentemente el pacifismo, sin tomar ninguna otra medida más positiva, bastaría para que la paz fuese un hecho. Norman Angell es más expedito todavía: cree que con un poco de «cortesía» en los modales externos, por parte de los Estados dominadores respecto a los pueblos dominados, quedaría resuelta la cuestión.

¿Se concibe mayor mentecatez? .. Ni hablar—por supuesto—de una reforma radical del orden económico-social vigente. ¡Qué disparate! Para estos pensadores a sueldo de la burguesía, el sistema capitalista es el más perfecto de todos los regímenes imaginables.

¿Cómo es posible sostener dignamente en nuestro siglo semejante actitud intelectual? Se comprende que Kant tuviese, en su tiempo, una esperanza ilimitada en las perspectivas de la simple libertad política, llegando a ver en ella—entre otros mil prodigios—la garantía más firme de la paz perpetua. La libertad política estaba entonces sin experimentar, y era lícito fundir en la promisión de su horizonte todas las ilusiones del espíritu.

Pero la libertad política—sin la complementaria liberación económica—está ya probada. Ha dado, como frutos más salientes: la guerra entre los pueblos, el odio entre las clases, la anarquía de la producción, el desbarajuste económico y social, la miseria y la desesperación de la inmensa mayoría de la humanidad, frente a la inquietud y el desasosiego de la minoría privilegiada.

¿Con qué derecho se puede seguir pensando honradamente que el capitalismo es capaz de dar otros frutos mejores? Si hay una verdad definitivamente adquirida para todas las conciencias honradas del siglo XX, es la verdad marxista, de que el capitalismo conduce necesariamente a la guerra, como consecuencia de la lucha anárquica por el mercado, entablada entre los diversos Estados capitalistas, por fatalidad intrínseca del régimen. El que no sea capaz de comprender esta verdad, está incapacitado, en absoluto, para decir nada certero sobre el tema de la paz y la guerra.

No podemos volver a los tiempos ingenuos de Jacobo de Arteveld y Enrique de Gante, los soñadores medievales de la primera fracasada Federación europea. Ni siquiera es posible confiar ya en las más recientes lucubraciones doctorales de Wilson. La «Sociedad de las Naciones» se ha revelado a los ojos de todos como una alianza circunstancial y pasajera de los Estados vencedores, para evitar la sublevación de los vencidos. Las miras ambiciosas de semejante oligarquía internacional, nada tienen que ver con la sincera paz entre los pueblos.

Mientras no atacemos el problema de frente, mientras no nos decidamos, con toda la valentía indispensable, a reformar el mundo de raíz, las divagaciones literarias de los Wells y de los

Norman Angell, seguirán resbalando sobre la coraza bélica de la organización vigente como un tiro de sal sobre la piel de un elefante.

Un recuerdo a Rizal

Es justo conceder un recuerdo a Rizal.

Los primeros versos de Rizal, escritos en plena adolescencia, revelan ya el entusiasmo generoso que había de consumir su vida, como una llama. Poco más tarde, en España, Rizal encarna la voz joven de un pueblo que no quiere ser esclavo de una disparatada concepción política, en la que influyen tantas otras cosas; entonces sus palabras buscan una respuesta fraternal en bocas españolas y solicitan una simpatía desinteresada para su pueblo. Si estas palabras no encuentran entonces quien las oiga, después, cuando Rizal escribe «Noli me tangere», tampoco hay quien comprenda sus acusaciones. De huesped de España y alumno de sus Universidades, sinceramente deseoso de una colaboración parigual entre los dos pueblos, pasa a caudillo rebelde, empujado por los que no han querido oírle ni comprenderle.

Ningún hombre generoso—y Rizal lo era sin límite—sustituye sin pena las palabras del amor por las imprecaciones del odio. Rizal ha llamado hermanos a los españoles. Después combate con la palabra, con la pluma y con el fusil la dominación española. ¿Cuántas cosas han destrozado en su corazón sus enemigos para llegar a serlo? Cada palabra de odio en la boca de Rizal, es un brote de la ancha herida en la que su amor se llena de sangre.

Vocado al sacrificio, Rizal otorga, al fin, su vida. En las estrofas que escribiera en su última noche, ha quedado para siempre la prueba de la serenidad con que aceptó el sacrificio. Serenidad que acaso no pudo ya nunca acompañar a otros que no fueron condenados y a los que el recuerdo de Rizal, habrá llevado siempre un estremecimiento.

Quería Rizal, en la última noche de su vida, que el rumor del viento llevara a su patria los suspiros de su amor. Muchos creerán oírlos en las noches de las Antillas y dedicarán un recuerdo emocionado al poeta. Para otros, en cambio, lejos del mar de Oriente, si el ruido vago del viento en la noche les ha traído el recuerdo de Rizal, habrá reavivado en ellos una acusación implacable.

Hemos recordado a Rizal estos días. Y nos parece justo dedicar estas líneas de fervor a quien supo conceder toda su vida, con inagotable generosidad, a un ideal nobilísimo de libertad y de justicia.

Este número ha sido

visado por la censura

Si cada lector se convierte en un propagandista activo de nuestra revista, pronto podremos duplicar el número de ejemplares de POST-GUERRA. Poco es el esfuerzo que pedimos, que cada lector nos consiga un suscriptor.

Las piruetas de Bernard Shaw

El gran escritor irlandés Bernard Shaw es el autor más genial del teatro moderno. Es al mismo tiempo un gran paradojista. A ratos, Mister Shaw, «ha hecho» socialismo, aunque nada más que «fabiano».

Las paradojas, las actitudes extravagantes, son totalmente consentidas, y hasta resultan interesantes, en literatura. Mister Shaw ha realizado piruetas literarias realmente geniales.

Pero olvida Bernard Shaw, que la política es algo serio en que se juega el porvenir y los intereses de millones de ciudadanos, y cuando esto sucede, las bromas resultan siempre pesadas, por mucho ingenio de que se haga alarde.

El autor irlandés se ha permitido opinar sobre el actual momento político europeo. Y al hacerlo así ha caído del lado de la más brutal reacción.

Estas piruetas políticas de Mister Shaw, nos eran ya conocidas. Hace tiempo la prensa habló de los ataques que «The Daily Herald» le dirigió a propósito de una polémica sobre problemas económicos. Recordamos varios artículos escritos entonces, entre ellos uno de Dora Russell, en que se trataba sobre los malos métodos que se emplean contra los intelectuales en los medios obreros. Al pobre Mister Shaw se le habrá tratado demasiado duramente, según ellos. Claro que se olvidaron de decir lo principal. Bernard Shaw trataba de defender una política económica que daría lugar a la revalorización de los valores que el poseía.

Lo que indica que, a veces, tras una paradoja ingeniosa, puede ocultarse un aumento del cupón.

La liga internacional anti-imperialista

Esta importante organización internacional celebrará el día 6 de Diciembre una importante Conferencia Mundial en París. Por las adhesiones recibidas, es de esperar que asistan numerosos representantes de todos los países.

La Liga Internacional Anti-imperialista se creó hace solamente unos cuantos meses en Bruselas. Su comité de honor está integrado por personalidades de tan enorme prestigio mundial como el gran sabio Einstein, el vibrante autor de «El Fuego» Henri Barbusse, y otros muchos.

Al llenar el boletín de suscripción que publicamos, no debe olvidarse el hacer constar la cantidad con que se suscribe. Nuestra revista admite todas las cantidades, por módicas que sean.

Están adheridas a la Liga diversas organizaciones de India, China, Indonesia, África del Sur, Japón, etc., etc.

POST-GUERRA se adhiere de todo corazón a la magnífica labor que la Liga Internacional Anti-imperialista viene realizando.

Acotaciones al Congreso de la U. G. T. y al de la Federación Gráfica

Un lector nos remite la siguiente carta que damos a la publicidad por apreciar cuanto en ella se dice del mismo modo que nuestro comunicante. Lamentamos una vez más—como también lo hacemos en uno de nuestros Editoriales de este número—ese sectarismo fratricida que los mangoneadores—y no la masa—de la U. G. T. se empeñan en mantener.

«Compañero director de POST-GUERRA: Acojiéndome al llamamiento que haceis a los lectores, me permito invitaros a que comenteis estos hechos.

El Congreso extraordinario de la U. G. T. no ha tenido una palabra de dolor por la muerte reciente de su fundador y primer presidente, Antonio García Quejido.

El Congreso del P. S., ídem id.

El Congreso de la Federación Gráfica, celebrado recientemente en Barcelona, votó 4.000 pesetas para la Fundación Pablo Iglesias y 1.000 para el monumento que se levantará en el Cementerio Civil.

En cambio, desechó una proposición del Comité para que se ayudara económicamente con la pensión vitalicia que se da a los inútiles o viejos (13 pesetas semanales), a la mujer que cuidó durante casi toda su vida a Quejido, y que al morir éste, queda en la pobreza. No era reglamentario. Se limitó a cubrir el expediente acordando contribuir a los gastos de la lápida que el Arte de Imprimir ponga en su sepultura. Quejido ha sido el transformador de la Federación, y quién más y mejor trabajó para darle vida y estructura adecuada a los tiempos.

¿No os parece que todo eso destila injusticia y sectarismo?

Vuestro.—Un lector asiduo.»



Misticismo burgués y misticismo proletario

Se alude frecuentemente, en revistas y ensayos de *Post-Guerra*, a la ola de misticismo que, teñida en sangre de las trincheras, parece haberse desparatado por el mundo.

La Gran Guerra —se dice— puso al desnudo, ante la mirada aturrida de los hombres, la crueldad y la estupidez de la vida, y esto les hizo volver los ojos fatigados hacia las ideas eternas. De aquí la reacción mística.

En la balumba de esta reacción espiritual suelen incluirse, torpemente barajados y confundidos, la teosofía, el neo-catolicismo, el bolchevismo, etc.

¡Cuidado con este revoltijo! Aceptamos, en principio, la realidad del fenómeno apuntado, pero hagamos su exámen con un poco de pulcritud analítica, y ya que en esto, como en lo demás, hay clases todavía, distingamos. Toda la cultura humana es una articulación de distinciones.

:-:

El cuadro histórico de la post-guerra nos ofrece un misticismo burgués y un misticismo proletario. Nada de común entre ambos. Burguesía y proletariado no tienen de común otra cosa que el campo de batalla.

El nuevo misticismo burgués se reduce, en último análisis, a la necesidad de conservar el orden. Dios es, ante todo, para la conciencia burguesa, el Supremo Conservador del orden universal. No todos los burgueses creyentes aceptan que Dios haya creado el mundo. Algunos de ellos conciben a Dios como un espíritu inmanente en la eternidad del cosmos. Pero todos coinciden en atribuirle, como función esencial, el mantenimiento de la vida. Sin un Dios providente, la armonía de los mundos —y especialmente el orden social— sería imposible en absoluto, según la creencia burguesa.

Esta vieja costumbre de imaginar a Dios como un estadista metafísico se ha recrudecido, naturalmente, en la conciencia de la burguesía, al iniciarse su decadencia como clase histórica.

A la burguesía le ha llegado la hora de esa terrible «conversión» de ciertos moribundos, hecha toda ella de miedo a lo desconocido. Pasaron los buenos tiempos en que era grato jugar con las pueriles burlas voltairianas —burlas dirigidas siempre contra el viejo Dios de los autócratas, sin mengua alguna para el nuevo Dios, para el famoso relojero adorado por Voltaire y los suyos.— Se fueron, tristemente, los dulces cosquilleos del excepticismo anatoliano. Ahora se lleva Paul Valéry. ¡Cuidado con los juegos! Nada de atacar a las instituciones fundamentales del orden burgués: ¡Peligro de muerte! Las instituciones establecidas son algo sagrado.

Y en la culminación de esta tendencia reaccionaria —grotescamente cobardemente reaccionaria— se llega a la postura monstruosa de los Daudet y los Maurras y los Papini, señores que no creen en la Iglesia, ni en Cristo que la

fundara, pero los defienden a capa y espada como «elementos de orden».

¡Que desagradable es todo estol. Huele a cosa muerta y podrida. Pues este es el nuevo misticismo burgués engendrado más bién que por la repugnancia de la guerra, por el miedo a la revolución.

:-:

Si incluimos en la palabra misticismo —como parece razonable— toda exaltación del espíritu bajo el influjo del ideal, se puede hablar, sin duda, de un misticismo proletario. Misticismo ateo de puro místico, a la manera del Jesús de Barbusse, o de aquel inflamado personaje de Gorki que, habiendo perdido la fé en todos los dioses, sintió de nuevo la emoción religiosa ante el alma del Pueblo en rebelión. Misticismo entrañablemente humano que, por afán de la Justicia, niega al Dios que no sabe o no quiere implantarla.

No he de investigar ahora, con arreglo al método marxista, la base económica del misticismo proletario. Ella supuesta, me limito a subrayar el hecho innegable de que en la conciencia del proletariado existe hoy una exaltación ideal, un ansia de Justicia, un noble afán de mejorar el mundo, que constituye en esta hora la mejor esperanza del espíritu humano.

Sorel ha comparado la ilusión mística de la conciencia proletaria, ante las perspectivas de la huelga general revolucionaria, con la exaltación esperanzada de los primeros cristianos ante la ideal del segundo advenimiento de Cristo. Este genial acierto de Sorel nos dá la clave para discernir la índole profunda del nuevo misticismo obrero.

Se trata, ante todo, de un misticismo creador. Hay que crear un mundo nuevo. La destrucción del viejo mundo es un accidente de la obra. Lo esencial es la fé en la comunidad del porvenir. Comunidad sin dueños ni esclavos, sin hambre y sin guerra, sin maldad y sin odio. Comunidad de trabajadores libres y hermanos, edificada sobre la trabazón indestructible del capital común y el ideal unánime.

Esta fé es tan hermosa que hace soportables, y aún apetecibles, todas las torturas de la lucha de clases actual, del mismo modo que el martirio y el purgatorio eran, para los antiguos cristianos, dolores deseables iluminados por la esperanza celestial.

Pero hay en este maravilloso misticismo del proletariado combatiente una nota novísima que lo eleva sobre todos los viejos misticismos: la carencia absoluta de codicia personal. Para el soldado de la causa obrera, ni cielo cristiano, ni paraíso sensual, ni siquiera transmigración espiritista. Sólo una virtud y un premio fundidos: el amor desinteresado por la idea.

En una vieja ciudad española conocí a un obrero anciano, desvalido y casi ciego, que había sufrido terribles calamidades por su ideal y que, en tan lastimosas condiciones, seguía haciendo una propaganda infatigable de libros y periódicos marxistas. «Nada espero para mí —decía— pero hay que hacer algo por los hombres del mañana, para que no vivan tan horriblemente como nosotros».

Aquel hombre era un místico de los que ya no quedan en ninguna de las iglesias tradicionales.

Misticismo burgués: conservación del orden actual, intereses creados, violencia retrógrada.

Misticismo proletario: sed de justicia, intereses renovadores, ímpetu creador.

Que nadie confunda dos cosas tan opuestas como el sol y la noche, como la verdad y el error, como el hedor de los sepulcros y la fragancia de la vida.

JOSE ANTONIO BALBONTIN.



Grafismo del Socialista Sr. Zuga... etc.

Nosotros leemos muy pocas veces «El Socialista». Pero, al parecer, sigue publicándose. Porque días pasados nos encontramos un número con «Asteriscos» y todo. Los «Asteriscos» los escribe, con una perseverancia de funcionario, el Sr. Zuga... etc, imitador de Azorín y gráfomano impenitente. El mejor elogio de su literatura, es que a estas alturas, todavía imita a Azorín. Pues bien: el Sr. Zuga... etc. también ha opinado en eso de los meridianos, como cada quisque. No hace falta decir que el joven socialista coincidía con el hipanoamericanismo de Goicoechea, pongamos como el más cursi.

No nos extrañó nada. Pero he aquí que el otro día visitando la exposición de manuscritos, vimos uno del Sr. Zuga... etc. También tiene su manuscrito el hombre. Cual no sería nuestra sorpresa al ver que el grafismo de ese joven socialista coincide con el de los señores Grandmontagne, marqués de Villaurrutia y Maeztu. Tres grafismos elocuentes.

Banquete a Azorín

En Pombo le van a dar un banquete a Azorín. Gomez de la Serna—que es tan bondadoso como genial—quiere defender del fracaso al ex-lerrouxista, ex-ciervista y ex-escritor, a pretexto de que se trata de un positivo valor literario. No lo va a conseguir. El Azorín de «La Voluntad» murió hace años. El que anda por ahí es otro, el falso. A nosotros no nos engaña.

La comida nos parece bien como banquete funeral. Cuando muere alguien, por esas aldeas de España—supervivencias romanas—la familia da de comer a los sacerdotes y a los que asistieron a los funerales. Gomez de la Serna le va a poner un cubierto al muerto, a ese Comendador de «Doña Inés». Como humorismo, no está mal. Pero para mayor gracia, debe invitar también a un «vivo» a Muñoz Seca, el que ahora protege al falso Azorín.

Escena callejera

El otro día cuado salía el público de una sesión de cine en el Palacio de la Música, llovía mucho. La gente se atropellaba para tomar taxis y abrir paraguas. Entre los aludidos había un

matrimonio de plutócratas: él, alto, grueso, con espléndidas sortijas; ella fina, pintada, enjoyada. Al salir tropezaron con un hombrecillo que pasaba. El hombrecillo se llevó la mano a un pie y gritó furioso:

—¡Tenga usted cuidado, bestial! ¡Más que bestial!

El caballero, pálido, balbució:

—¡Pero si no he sido yo! Ha sido esta.

Esta era la mujer.

Auténtico.

A propósito de una conmemoración

La grandeza de Emilio Zola

En la Sorbona se ha celebrado un homenaje a Emilio Zola. En él pronunciáronse discursos encomiásticos de aspecto «oficial». Toda la ceremonia rebosó de elogios hipócritas. Fué un acto sencillamente lamentable.

Porque el genio del autor de «Germinal», «La Taberna» y toda la epopeya social de los «Rougon-Macquart» pertenece sobre todo a los millones de proletarios, a esas masas, de las cuales dijo el alma y contó el destino, en páginas cargadas de pasión.

Habrán podido darle un lugar en el Panteón; de todas partes, ahora, podrán venir hacia él los homenajes oficiales de la república burguesa. Pero bajo las flores no hay enterrada otra cosa que la ardiente llama de su rebeldía, la cólera inmensa que vive y anida como una condenación implacable, en toda su obra, en toda su vida.

Frente a la injuria y al fango se levantó en los tiempos del «affaire», y su violencia heroica estalló tormentosa contra todos los poderes de entonces y de siempre... No se lo perdonarán... No lo han olvidado aún.

Los escritores que entonces le negaron, en el curso de la reciente encuesta de un diario sobre «la influencia de Zola» han querido hacer algunos «cumplidos» a su maestro de antaño. ¡Pero con cuántas mezquinas reservas! Se ha visto a chabacanos hombres de letras negar toda «eficiencia» al creador de los «Rougon-Macquart»; y se ve a los literatos, a los psicólogos del mundo, arañar con frases sinuosas el genio de Emilio Zola, uno de los más grandes «momentos» de la literatura francesa y mundial.

Pero la obra de Zola derriba tempestuosamente el ataque sinuoso y el elogio hipócrita. Pues este hombre, por más críticas retrospectivas que puedan hacerle, dentro del plano puramente artístico, fué grande por la «limpieza» y el entusiasmo—admirablemente honrado—de su vida y de las luchas que sostuvo contra lo que él llamaba la injusticia.

La injusticia: todo el mundo burgués.

Y es por esto por lo que no pueden, apesar de cuanto hagan, acapararlo, mostrarle como uno de los suyos.

He aquí el dinero, la patriotería, los poderes políticos corruptores, la tiranía religiosa, la hipócrita «moral» de los ricos, la responsabilidad fundamental de las clases dominantes en la

vergüenza de un mundo establecido sobre la explotación...

Les Rougon-Macquart, el «drama» inmenso, la imagen implacable de la vida en todo su variado hedor, está hecho para denunciar aquellas «taras» que no desaparecerán, sino con la sociedad que las hizo nacer.

Y estas masas obreras que anima prodigiosamente Zola ¿no están pintadas por uno que conoce su miseria y su causa, que las ama, que se une a sus grandes revueltas amenazadoras y que espera con ellas? Es esto, sobre todo, lo que los millones de proletarios que han leído la epopeya social de Zola, ven en él.

Sobre su arte, ya se ha dicho todo: Evocador admirable de la vida de las masas, pintor de los medios más diversos, poeta ante la naturaleza, crítico con sana violencia en su colección de artículos, de nombre vengativo—«Mis Odios»—Zola es un bloque que resiste al tiempo.

—:

Hipócritas elogios, decíamos, de los homenajes oficiales, pero al fin, elogios. De grado o por fuerza, es «consagrado» aún por aquellos que en la política o en otra parte atacarían el ahora. Pero otros no se desarmen, ni aún en apariencia, cuando les empuja su necesidad de insulto y de bajeza interesada.

Daudet, León Daudet, consagraba dos ignominiosas columnas manchando a Zola. La antifona conocida pero agravada con injurias y «bel-esprit» repugnante. Daudet, el hombre de «La entremetida» y de «Susana» diciendo de Zola: «Es sangre, es lodo... hay que leerlo a cuatro patas...»

¿Cómo habrá que leer las páginas exclusivamente pornográficas del delirante autor de libros sucios por capricho?

No realcemos más la bajeza y la incompreensión furiosa de este artículo; lo interesante es que este torrente de injurias del Daudet actual, es la más formidable patochada que se ha visto. Un diario de la mañana, bien inspirado, reprodujo esta carta que M. León Daudet, que grita hoy injurias contra Zola, escribía al gran novelista el 17 de Septiembre de 1899.

«Estimado Sr. Zola: Como tengo desde hace ocho días una desagradable grippe que me impide leer y escribir, aprovecho un momento de descanso para decirle que no he leído aún más que las dos terceras partes de «Fecundidad» y que propongo hablarle largamente sobre mi admiración por este asunto.

Desde ahora, deje que le asegure que ningún libro de usted me ha conquistado ni agitado tanto. Es un árbol humano, completo, con tronco, hojas y raíces, y una savia hirviente. Leo también «Resurrección» de Tolstoy; crea usted mi franqueza, si le digo que esta vez usted derriba al gran ruso, por la originalidad, la amplitud

Insistimos, una vez más, con cuánto agrado recibiremos toda clase de iniciativas, críticas y proyectos que tengan a bien hacernos nuestros lectores.

POST-GUERRA no aspira a ser una revista inspirada solamente por un núcleo editor.

y la cantidad de sentimientos líricos iguales a los de la masa que se agita.

Hay alrededor de vuestra obra, como en el mar, un aroma raro y fortificante.

Lo lamentable en nuestro tiempo es, la ausencia de todo espíritu crítico, el «laisse-aller», de los juicios y de las opiniones sobre las altas manifestaciones del arte. Pero «Fecundidad» vive. Es uno de los más hermosos himnos a la vida tan hermosa y tan mala.

Vuestro admirador que os aprecia.

LEON DAUDET.

¿Son precisos los comentarios a esta pasmosa y siniestra mentecatez, de un hombre que grita su entusiasmo al escritor vivo, para años más tarde, una vez muerto, arrastrarlo por el barro más fangoso?

¡Está bien que la peor y más odiosa reacción, atacadora de Zola, se ridiculice de una forma tan vergonzosa!

GEORGES ALTMAN

Mis parientes racionalizados

Kurt Kloeber, el poeta proletario tan sensible a los sufrimientos y a las luchas de la clase obrera, recoge en este momento datos sobre las consecuencias de la racionalización capitalista, que tiene el proyecto de estudiar. Kloeber ha enviado al «Kampf» («La Lucha»), órgano de la oposición revolucionaria de los sindicatos alemanes, el pasaje siguiente de sus trabajos.

—:o:—

Una maestra de escuela, de uno de los suburbios del este de Berlín, ha dado a sus alumnas como tema de composición el siguiente: «La racionalización.» La maestra explicó sumariamente, que los alumnos cuyo padre o cuya madre trabajase en una fábrica racionalizada, debían relatar cómo se manifestaba la racionalización en sus padres o, mejor dicho, qué cambios habían observado en sus padres desde que estos estaban sometidos a los nuevos métodos de trabajo. Reproducimos aquí cuatro de los once ejercicios que se nos han entregado y que han sido hechos por niños de doce a trece años.

Mi madre está racionalizada.—Mi madre me ha dicho un día: «Nos han puesto hoy en la mesa turnante.» La he preguntado lo que esto era, y ella me respondió, entonces, que era una mesa con una especie de plato conducido por una correa; que ya no tenía necesidad de ir a buscar piezas a la fábrica, y que, a su izquierda y a su derecha, habían otras mujeres. Que su trabajo le llegaba por el plato de la polea, que hacía su trabajo a toda prisa y después lo enviaba por la polea. Pregunté aún a mi madre si estaba contenta, y me respondió: «Por el momento, sí; al menos, esto es completamente nuevo. Pero para saber si estoy contenta es necesario esperar aún.» Después de ocho días, vi enseguida que mi madre no podía estar contenta de la mesa turnante. Mi madre, que venía siempre

muy deprisa a casa, por que tenemos al lado un pedazo de jardín, volvía cada vez más lentamente y cada día más cansada. Ya no jugaba casi nunca con nosotros. Hacía cocer las patatas, gruñía un poco, se desnudaba y se acostaba. Después, tardaba aún más tiempo en volver a casa, tenía siempre dolor de cabeza, se encontraba mal a veces, y siempre estábamos obligados a estarnos quietos. Mi madre adelgazaba, temblaba mucho, y, por la noche, cuando iba y venía por la casa, con frecuencia se veía obligada a apoyarse, cuando la preguntábamos qué tenía, nos decía siempre que la mesa marchaba cada vez más deprisa.

Mi padre y la máquina de hacer pies—Mi padre, se decía siempre ebanista de arte. Estaba en una gran fábrica de muebles, y hacía camas y armarios. Quería que Carlos y yo fuésemos ebanistas también, y por eso nos había fabricado un pequeño torno para madera, con una correa que subía hasta el techo de la cueva, y siempre, por la noche, después de su regreso del trabajo, y los domingos, nos enseñaba a torrear pequeños respaldos y otras cosas. Pero, desde hace poco más o menos seis semanas, mi padre no es ya ebanista de arte. Un día nos dijo, que él y su taller, iban a ser racionalizados completamente. Algunos días después, nos dijo que pertenecía ahora a los torneadores de pies, y que ya no era ebanista de arte. Cuando le hemos preguntado lo que era eso, nos ha dicho que el patrono, para ganar más en su obra, ya no hacía hacer las camas o los armarios por un solo obrero, sino que cada uno fabricaba una sola pieza, y que él fabricaba los pies. Pero, no solamente mi padre no es ya un ebanista de arte, sino que tampoco es el mismo que antes. Dice, que después que está en la máquina de hacer pies, va camino de desequilibrarse. Por la noche no ve más que pies, y tiene la impresión, no de que hay en algún sitio una máquina de hacer pies, sino de que él mismo se ha convertido en una máquina de hacer pies.

Mi hermana fabrica aparatos telefónicos.—Tengo una hermana que se llama Emma. Tiene diecinueve años y fabrica aparatos telefónicos. Antes, cuando volvía a casa, se cambiaba siempre de ropa antes de cenar, comía de prisa y se iba enseguida al gimnasio o al cine. Ahora, cuando vuelve a casa se queja siempre de dolores en los riñones, de tener las piernas como si fueran de algodón en rama y de no poder ni andar ni estar de pie. Mi madre decía, no hace mucho tiempo, que esto no tenía otro origen que esta maldita racionalización. He preguntado a mi hermana si esto era verdad. Emma no quería responderme al principio. Después ha confesado que era verdad. Antes, tenía que montar cuarenta aparatos, ahora tiene que montar 120. Estos llegan a gran velocidad por una «cadena», se les monta rápidamente y reparten. Agregó que si esto continuaba siendo tan deprisa, tendría que detenerse. Ya no podía más. Y no ha podido más, en efecto. Está en cama desde hace siete días, y el médico ha dicho que tenía debilidad y una inflamación pulmonar.

Mi padre está completamente racionalizado.—Hasta hace un mes, mi padre estaba en una cervecería. Rodaba toneles, los subía a un vehículo y este partía. Un día se ha fabricado un aparato, por el cual se deslizan los toneles, y van así, sin mi padre, hasta el coche. A causa

de este aparato, mi padre ya no es necesario, y, como el director Borchardt le dijo que no tenía necesidad de obreros inútiles, mi padre ha tenido que hacer su paquete, bien que trabajase desde hace veintidós años en casa del director Borchardt, e irse. Mi padre ha pasado días enteros buscando trabajo, pero, por todas partes por donde va, le responden que no tienen necesidad de nuevos obreros y que estaban despidiendo. Desde entonces, mi padre está muy pensativo. Dice que lo mejor sería abrir el gas o echarse al agua. Mamá le consuela, y él busca aún. Pero, sino encuentra pronto trabajo, hará seguramente algo...

KURT KLOEBERT

Acerca del arte nuevo

Con este título ha iniciado nuestro querido compañero Díaz-Fernández—en admirable estudio—una contribución al hallazgo de orientación eficaz, acerca del módulo estético de nuestro tiempo. Abierto por nuestro camarada el ancho margen de las aportaciones, he aquí una—con simple intención adicional—sobre problema tan apasionante.

Quiere hallarse una forma expresiva del Arte proletario. Razonando con certeza, lo primero a que atiende un arte verdaderamente nuevo es «a encontrar un estilo». Pero para conseguirlo, no creemos que sea necesario «desrealizar» ni «deshumanizar».

Todo lo que tenga categoría de frío calco o copia meramente fiel—un detallado paisaje, una figura correctamente reproducida—se encontrará desrealizado y deshumanizado. Realidad y humanidad, es igual a expresión de vida y sentimiento. O sea: cuanto falta en aquellos casos.

Entendemos que cuanto se precisa para la afirmación del estilo, es realizar y humanizar con personalidad propia, *interpretando*, dando, aún con medios no reales (origen del sofisma), la sensación más acabada de lo real.

El Arte Proletario no es un arte específico; hay que indagarle en toda dirección original, sincera y apasionada, que enriquecida con claras visiones de realidad, sea capaz de provocar la reacción en el ánimo del que escucha, del que lee, del que piensa.

Lo que interesa no es la escuela, sino la personalidad—verdadera clave del verdadero romanticismo—y en todo artista, consciente de su puesto y de su misión dentro de la órbita social, se hallará el plasma del arte proletario.

ALFREDO MARQUERÍE

Jornadas históricas

Cuando Petrogrado se preparaba a la lucha

Ofrecemos al lector un admirable pasaje del interesante libro de John Reed. "Diez días que conmocionaron al Mundo"

(Kerensky ha concentrado las tropas para marchar contra Petrogrado. Los bolcheviques prepáranse a defender la ciudad roja. John Reed—el autor del libro—queda al lado de los jefes—Comité Revolucionario, Estado Mayor de las tropas Rojas—).

En el momento en que salíamos del Comité Militar Revolucionario, Antonov entra—un papel en su mano pálido como un muerto.—Expedid eso, dice.

**A TODOS LOS SOVIETS DEL CUARTEL DE LOS
DIPUTADOS OBREROS Y A TODOS LOS COMITES DE
FABRICAS.**

ORDEN

Las tropas kornilovistas de Kerensky amenazan las cercanías de la capital. Han sido dadas todas las órdenes necesarias para aplastar sin piedad esta tentativa contrarrevolucionaria dirigida contra el pueblo y sus conquistas.

Nosotros ordenamos a los Soviets del Cuartel y a los comités de las fábricas:

1. *Enviar el mayor número posible de obreros para cavar trincheras, levantar barricadas y colocar alambre espinoso.*
2. *Interrumpir inmediatamente, si fuera preciso, el trabajo en las fábricas.*
3. *Recoger todo el alambre simple o espinoso disponible, así como los útiles necesarios para cavar trincheras y levantar las barricadas.*
4. *Pertrecharse de todas las armas disponibles.*
5. *Observar la más estricta disciplina y hallarse prestos a sostener, por todos los medios, el ejército de la Revolución.*

El Presidente de los Soviets de los D. O. S.

León Trotsky

El Presidente del Comité Militar Revolucionario, comandante en jefe del distrito

Н. Подвоisky

Cuando salimos fuera en la semi oscuridad de esta jornada trágica y sombría, oímos, de todos los puntos del horizonte, ulular las sirenas de las fábricas. Su sonido, ronco y retumbante, estaba cargado de presagios. Por decenas de millares los obreros, hombres y mujeres, se desbordaban en las calles; por docenas de millares los albergues bordoneantes vomitaban su población de caras terrosas y famélicas. ¡¡La ciudad roja en peligro!! ¡¡Los Cosacos!! Hacia el sur y el suroeste, por las viejas calles que conducen a la Puerta de Moscú la multitud ondulante se filtraba; hombres, mujeres y niños armados de fusiles, de picos, de palas, de rollos de alambre; las cartucheras prendidas sobre sus mismos vestidos de trabajo... Jamás se vió semejante éxodo espontáneo de toda una in-

mensa ciudad. Rodaban como un torrente; irrumpían sobre su camino compañías de soldados, cañones, camiones automóviles, carros; el proletariado revolucionario iba a ofrecer su pecho para proteger la capital de la República Obrera y Campesina!

Un automóvil estaba detenido ante la puerta ne Smolny. Un hombre delgado, de gruesos lentes que agrandaban sus ojos ribeteados de rojo, hablaba con esfuerzo, apoyado contra un guarda-barras, las manos hundidas en los bolsillos de su ancho capote viejo. Cerca de él, un fuerte marinero barbudo de clara mirada juvenil, iba y venía nervioso jugando negligentemente con un enorme revólver de acero azul que no quitaba jamás de su mano. Eran Antonov y Dybenko.

Varios soldados trataban de colocar dos bicicletas militares sobre el estribo del carruaje. El chofer protestaba violentamente. Aquello era estropear el barniz... Claro que él era bolchevique y sabía bien que el auto procedía de un burgués y las bicicletas estaban destinadas a los agentes de enlace: pero su orgullo profesional de chofer se rebelaba. Se deja, al fin, las bicicletas.

Los comisarios del pueblo—de la Guerra y de la Marina—se encaminan en visita de inspección al frente revolucionario. ¿Podremos acompañarles? Imposible, ciertamente. No hay sino cinco plazas en el automóvil: los dos comisarios los dos ordenanzas y el mecánico. Sin embargo uno de mis conocidos rusos, que llamaré Troucichka, se instala frescamente en el vehículo sin que ningún argumento logre desalojarle.

No tengo ninguna razón para suponer veraz el relato que me hizo Troucichka de esta jornada. Como seguían el itinerario de Souvorovsky, uno de ellos plantea el problema de la alimentación. Pueden estar en ruta durante tres o cuatro días, en una región bastante mal aprovisionada. Hacen detener el automóvil. ¿Pero y el dinero? El comisario de Guerra hurga en sus bolsillos: solo tiene un kopek. El Comisario de Marina no posee un solo céntimo y al chofer le ocurre otro tanto. Es Troucichka quien debe hacer las compras.

A la vuelta de la Nevsky estalla un neumático.

¿Qué vamos a hacer? dice Antonov.

—Requisar otro coche, sugiere Divenko blandiendo su revólver. Antonov se apostea en medio de la calle y detiene un coche conducido por un soldado.

—Necesito de tu automóvil, dice Antonov.

—No le tendrás, responde el soldado.

—Sabes quién soy yo, replica Antonov mostrándole un papel donde se certifica que ha sido nombrado comandante en jefe de todos los ejércitos de la República Rusa, y que, en virtud de este título, todos y cada uno le deben obediencia sin discusión.

—Aún cuando fueras el diablo en persona, dice el soldado con violencia, no tendrías este automóvil: pertenece al primer regimiento de

ametralladoras y transporta municiones.

La dificultad queda resuelta con la llegada de un viejo «taxi» que ostenta el pabellón italiano (durante los periodos de agitación, los carruajes privados se registraban por sus propietarios bajo el nombre de consulados extranjeros para librarlos de la confiscación) Dialógase con el grasiento personaje—enfundado en una lujosa pelliza—y la expedición continúa.

Al llegar a la frontera de Narva, a una docena de millas de Smolny, Antonov pregunta por el Comandante de la Guardia Roja. Se le conduce a las afueras de la ciudad, al sitio donde algunos centenares de obreros, luego de haber cavado las trincheras esperan a los Cosacos.

—¿Todo va bien camarada? interroga Antonov.

—Todo marcha perfectamente, camarada, responde el comandante. La moral de las tropas es excelente... Solo... que... no tenemos municiones.

—Hay dos billones de cartuchos en Smolny, le dice Antonov. Voy a daros una orden. Y rebusca, vanamente, en sus bolsillos.

—¿Tenéis alguno un pedazo de papel? Ni Dyvenko, ni los agentes de enlace tienen. Trouichka ofrece su carnet.

—¡Diablol, no tengo lapiz, grita Antonov. ¿Quién tiene un lapiz? Naturalmente, solo Trouichka era poseedor de un lapiz...

Como nosotros habíamos sido alejados calculadamente, hubimos de regresar a la estación de Tsarkoie Selo. Remontando ya la Nevsky, volvimos a encontrarnos con las guardias rojas que desfilaban formadas; unos con bayonetas, otros sin ellas.

Caía, rápido, el crepúsculo de invierno. Las cabezas altas, en columna de a cuatro, más o menos regular, los soldados marcaban el paso sobre el barro helado, sin música, sin tambores. Sobre ellos flotaba una bandera roja con una inscripción en torcidas letras de oro: «¡La Paz! La Tierra». Casi todos eran muy jóvenes. En sus rostros se leía la expresión de los que saben que van a morir... un aire a la vez calmoso y heroico. Las gentes, apiñadas en las aceras, les veían pasar en medio de un silencio cargado de odio.

En la estación nadie sabía a punto fijo donde se encontraba Kerensky, ni donde estaba el frente. Los trenes no llegaban más que hasta Tsar-Koie...

Nuestro vagón estaba atestado de campesinos, entre los que se amontonaban grandes flos de paquetes y diarios de la tarde. Las conversaciones tenían un tema fijo, obsesionado: La Revolución Bolchevique. Sin ello hubiera sido imposible creer que la pujante Rusia, estaba dividida en dos por la guerra civil y que nuestro tren se dirigía hacia la zona de combate.

Por la ventanilla distinguíamos en la oscuridad, rota a ratos fugazmente, masas de soldados avanzando hacia la ciudad, sobre la espantosa ruta enlodada, blandiendo agitados sus armas. Un tren de mercancías, abarrotado de tropas y todo iluminado por inmensos fuegos, se hallaba detenido sobre una vía muerta... Esto era todo. A medida que nos alejábamos del horizonte, el resplandor de la capital se fundía, poco a poco, en la noche. Un tranvía—¿el último?—cruzaba por el barrio más apartado de la ciudad.

JOHN REED

Sobre eso del poder social

El primero de los afanes que colman la existencia del distraído filósofo Sr. Ortega y Gasset, es abordar temas «epatantes». Las ideas sólo interesan al Sr. Ortega cuando está seguro de que no las conocen sus colegas ni sus admiradores: no cree que el mérito resida en la calidad de la idea, sino en su virginidad para aquellos a los que desea dejar estupefactos.

Por esto nuestro filósofo desdeña los que podríamos llamar temas de primer orden. Esas preocupaciones primarias con las que viene luchando, trabajosamente y con dolor, la humanidad son cosas que no atraen la curiosidad intelectual del Sr. Ortega. Así, un día a su paso por la meseta ibérica, los castillos le sugieren unas cuantas reflexiones que—naturalmente—no tienen un recuerdo para la antigua pesadumbre feudal, ni aciertan a fijarse en los hombres que—todavía feudalmente—se encorvan en las tierras que circundan a los castillos. Otro día, los ojos del Sr. Ortega—tan cargados de metafísica—se detienen en el perfil de una mujer para destilar una imagen—la corza en el paisaje—que rueda con asombro por las tertulias literarias. Más tarde nuestro profesor investiga si este tiempo de ahora es masculino o femenino, como si un tiempo que ha producido la guerra europea, la revolución rusa, el facismo italiano y el nacionalismo de Méjico tuviese todas sus respuestas—sus más urgentes respuestas—en esa pregunta sexual. Ahora, finalmente, el Sr. Ortega está preocupado con el poder social que en España, país de tan escasa educación política poseen los políticos.

Para el Sr. Ortega, éste es un tema que exige una aguda investigación: En Francia—nos dice el exquisito pensador—el pueblo se interesa más por la política; el político, en cambio, tiene menos poder social que en España. Las poderosas facultades que el Sr. Ortega posee para el fino análisis filosófico, del que suele extraer las síntesis con que de vez en cuando nos sorprende, van a aplicarse a iluminar esta obscura contradicción.

Queremos ahorrarle ese fuerte trabajo. La respuesta a su pregunta está al alcance de todas las fortunas intelectivas: en España los políticos tienen más poder social que en Francia por la misma razón que en Venezuela, Juan Vicente Gómez tiene más poder social que tuvo nunca ningún político español, y un patriarca o jefe de tribu salvaje, que pueda disponer de la vida de sus súbditos con la simple contracción de un párpado, tiene más poder social entre los suyos que Juan Vicente Gómez en Venezuela.

Hace años gobernaban—o así—en España, Cánovas y Sagasta. Cuando Cánovas asumía el poder, todos los cargos públicos del país pasaban a ser ejercidos por los afiliados al partido conservador. Cuando Sagasta era presidente del Consejo, millares de cesantías abrumaban a los conservadores y otras tantas credenciales, hacían la felicidad de los sagastinos. En aquél tiempo, Cánovas y Sagasta eran una preocupación de primer orden en una enorme cantidad de hogares españoles: como que eran ellos los

que regían íntegramente la economía de aquellos hogares. Y de ahí el gran poder social de que disfrutaban. Pasaron los años; los empleados públicos fueron inamovibles; instantáneamente se redujo en España el poder social de los políticos. Si el Sr. García Prieto, en vez de ser quién es, fuese Glasdstone y Disraeli en una pieza, no habría poseído nunca, sin destinos y sin caciques el poder social que tuvo su suegro cuando repartía aquéllos y creaba a estos.

Ese poder social que tanto sorprende al señor Ortega reside en las posibilidades que tiene el político para favorecer a los que se le acercan. Por eso, en cualquier pueblo, el diputado a Cortes, aunque fuese un cretinillo, tenía mucho más poder social que cualquier artista u hombre de ciencia indígena, sencillamente porque disponía de medios para hacer favores.

Estas posibilidades del político disminuyen a medida que el país tiene más educación política. En Francia un diputado no es tan dueño de su distrito como lo era un diputado en España. La educación política del pueblo va convirtiendo al representante político en un mandatario, que es exactamente lo contrario de lo que ocurre en pueblos sin educación política: el político es el dueño del país, en vez de ser el servidor—más o menos exactamente.

Esto parece bastante claro. No creemos que revele ninguna agudeza mental extraordinaria el darse cuenta de que la influencia de los políticos, está en razón inversa de la educación política del país. Sin embargo, el Sr. Ortega necesita lanzar las claridades de su pensamiento sobre esta cuestión que a cualquier hombre sencillo, se le antoja de una diafanidad incuestionable. Y del examen que inicia nuestro selecto filósofo seguramente obtendrá una conclusión que nos sorprenda a todos. Y nos dirá que era urgentísimo a nuestro tiempo dilucidar ese grave problema, que mostrará—ya lo verán ustedes—una oculta faceta del alma hispana.

¡Y estudie usted Metafísica para esto!

JOSE VENEGAS



La ruptura del comité anglo-ruso

El LIX Congreso anual de la Trades-unión británicas, en representación de un poco más de cuatro millones de sindicatos, con 646 delegados se ha reunido en Edimburgo. Los debates han confirmado nuestro juicio sobre el carácter de la «oposición» de la delegación del Consejo general, al Congreso de la Federación Sindical Internacional de Amsterdam. La oposición inglesa en el Congreso del Grand Palais no era de izquierda, a pesar del discurso «izquierdista» y

personal de Purcell y de las revelaciones de Brown, de las cuales el conjunto de la delegación británica, sólo ha retenido la acusación presentada contra la F. S. I. de ser antibritánica. La oposición inglesa en el Congreso internacional del Grand Palais, no era otra cosa que el reflejo en el movimiento obrero del imperialismo inglés.

La política del Consejo general de las Trades-unión, está estrechamente ligada a la política del gobierno inglés, ya sea laborista, como en 1924, ya sea conservador, como en 1927.

El gobierno británico reconoció al gobierno de los Soviets en 1924, y algún tiempo después el Consejo general «reconoció» a los sindicatos soviéticos, y las relaciones permanentes entre los dos movimientos sindicales dieron nacimiento al Comité anglo-ruso. En 1927, el gobierno conservador inglés ha roto las relaciones diplomáticas con el gobierno de los Soviets; tres meses después, el Consejo general rompe también las relaciones con los sindicatos de la U. R. S. S. Agreguemos que los «líderes» del Consejo general, dan los mismos pretextos para justificar la ruptura que los dados por Baldwin y Chamberlain: *la intervención de los rusos en los asuntos interiores del Imperio inglés*. La ruptura del Comité anglo-ruso, ha sido el acto más importante del Congreso de Edimburgo.

Como dijo nuestro camarada Lozovsky en su *interview* dada a la prensa, «es preciso observar que la actitud agresiva del Consejo general contra el Consejo Central de los sindicatos de la U. R. S. S., aumentaba a medida que aumentaba la agresividad de la burguesía inglesa contra la U. R. S. S. La relación entre los dos hechos, es más que clara. Todo estaba preparado y premeditado para el Congreso de Edimburgo. El Consejo general envió conscientemente una carta provocadora, sabiendo perfectamente que el Consejo Central debía responder. Y como la ruptura estaba decidida de antemano, de acuerdo con las esferas gubernamentales, aquella ha sido efectuada según todas las reglas del arte».

Es sabido que incluso el envío de socorros financieros por los obreros rusos a sus camaradas ingleses durante la huelga general, ha sido considerado por el Consejo general, como una «intervención de elementos ajenos» en los asuntos británicos. Al mismo tiempo que el Consejo general rechazaba los fondos de los obreros rusos, el gobierno de Baldwin enviaba una nota diplomática al gobierno soviético, protestando contra la «autorización» acordada a los sindicatos obreros rusos para socorrer económicamente a los huelguistas ingleses.

La ruptura del Comité anglo-ruso no ha sido una sorpresa para nadie. El sabotaje del Comité anglo-ruso, que equivalía ya a la ruptura, ha sido denunciado en estos últimos tiempos por la publicación de la correspondencia cruzada entre el Consejo central de los sindicatos soviéticos y el Consejo general de las Trades-unión.

El Consejo central de los sindicatos rusos, no ha considerado jamás al Comité anglo-ruso, más que como un instrumento de sostén de los movimientos sindicales ingleses y rusos, y un medio de unificación de las fuerzas obreras en el mundo. En el curso de la huelga de mineros, la delegación del Consejo central de los sindicatos soviéticos, ha hecho lo imposible por obte-

ner la ayuda para este movimiento por medio del «boicot» a los carbones y el socorro económico. Pero tanto en la reunión de París, como en la de Berlín; los delegados del Consejo general, se han negado a discutir la cuestión de la solidaridad a la huelga de mineros. Solo pasando por encima del Consejo general, y a pesar de él, los sindicatos rusos han invitado a los obreros ingleses a luchar contra los preparativos de guerra del imperialismo británico, contra la U. R. S. S. El Consejo general, en el momento del asalto a la Arcos y de la ruptura de las relaciones diplomáticas, se ha negado a convocar al Comité anglo-ruso para estudiar los medios comunes de lucha contra el imperialismo inglés.

Por el contrario, el Consejo general de las Trades-unión, se ha atrevido a protestar contra las ejecuciones de contrarrevolucionarios, espías de Inglaterra en la U. R. S. S. y culpables de haber organizado atentados contra los militantes de la revolución rusa, entre ellos, contra nuestro camarada Tomskey, secretario de la C. G. T. rusa y miembro del Comité anglo-ruso.

Todas las razones invocadas por los «líderes» del Consejo general, en el Congreso de Edimburgo, son razones de amor propio. Los jefes de las Trades-unión, no admiten las críticas de los Sindicatos Rusos contra la traición a la huelga general, el sabotaje de la huelga de mineros, la pasividad ante la ley antisindical de Baldwin y la ofensiva del capital de Inglaterra, la complicidad de los «líderes» de las Trades-unión en la intervención en China, y la preparación de guerra contra la U. R. S. S. Nuestros camaradas rusos dicen, con razón, que ellos no han renunciado nunca a su derecho de crítica, al participar en la creación de un comité con los sindicatos ingleses.

¿Qué vale la pretendida protesta de la delegación inglesa, al Congreso de la F. S. I. en París a propósito del sabotaje de la unidad por Oudegeest, Jouhaux y compañía, después de la ruptura del Comité anglo-ruso, que podía ser el mejor instrumento para la realización de la unidad sindical mundial?

Conviene señalar vigorosamente que el movimiento mundial por la unidad sindical no ha retrocedido ni un dedo a causa de la ruptura del Comité anglo-ruso. El progreso en el camino de la unidad, no depende de los «líderes» es en el seno de las masas donde se produce, a pesar de la resistencia del Consejo general y del voto del Congreso.

**Si quiere Vd. ayudar
a :: POST-GUERRA ::
envíenos el boletín de
su número con un nuevo
suscriptor**

La ruptura ha sido votada por 2.551.000 votos contra 620.000. Estas cifras no corresponden a la realidad, a causa del «bloos ysteme», que falsea los votos en los congresos, impidiendo a la minoría contar sus votos. En efecto, los representantes de la mayoría de una Unión representada, incluso si sólo son la mayoría por un voto, votan contando la totalidad de votos, incluidos los de la minoría. Conviene observar que la Federación de ferroviarios, a pesar de Thomas, el consejero privado del rey de Inglaterra, ha votado contra la ruptura. La delegación de la Federación de mineros, con 800.000 votos, se ha abstenido, pero Gook, afirma que los mineros, que van a ser consultados por referendun, se pronunciarán por una aplastante mayoría, contra la ruptura. En realidad, son cerca de dos millones de sindicados los que se han pronunciado, no solamente contra la ruptura, sino por una lucha enérgica contra la política reaccionaria de Baldwin.

El Comité anglo-ruso, cuyo funcionamiento era saboteado desde hace largos meses, por los «líderes» del Consejo general, está roto; pero, después de la huelga general del año último, se ha establecido un contacto íntimo, por mil hilos sólidos, entre los sindicatos rusos e ingleses. Ni uno solo de estos hilos, ha sido roto por el voto del Congreso de Edimburgo, y esto es lo que nos interesaba esencialmente fijar.

A. HERCLET

La Conferencia Sindical del Pacífico

En el número anterior de POST-GUERRA nuestro camarada Giménez Siles dió noticia de esta formidable demostración proletaria de los obreros sindicados de los países del Pacífico. Por la gran transcendencia que tiene esta Conferencia publicamos a continuación el discurso de clausura pronunciado por el delegado A. Losovsky.

Camaradas: Nuestra Conferencia acaba de terminar. Por primera vez en la historia del movimiento obrero, representantes de los sindicatos de diferentes países han logrado echar los cimientos de una verdadera alianza militante de los obreros del Pacífico. Los obreros de los diversos países están unidos por muchos lazos; pero hasta el presente estos lazos se hallaban relajados; los obreros de muchos países estaban aislados nacionalmente; por otra parte, los afiliados a las organizaciones internacionales lo eran de una manera demasiado vaga, para su obra económica y política de todos los días. Los iniciadores y los organizadores de la Conferencia Sindical Pampacífica han tenido que dispersar mucha energía y muchos esfuerzos para llegar a reunir a los representantes del movimiento obrero de los países del Pacífico que están separados unos de otros no solamente por distancias enormes, sino también por niveles de cultura sumamente variados y por barreras de raza.

Nuestra Conferencia ha echado los cimientos

de la unidad sindical de los países del Pacífico. Pero esto, camaradas, no es más que el primer paso. No es más que un primer paso porque no somos más que una parte del movimiento sindical del mundo entero. Tenemos aún que crear una poderosa Internacional Sindical, que comprenderá a docenas de millones de obreros, una Internacional que dirija verdaderamente a esos millones de proletarios en su lucha con el capitalismo y el imperialismo. Si hemos colocado los cimientos de la unidad del movimiento sindical del Pacífico, no debemos olvidar que el movimiento obrero está todavía dividido en secciones, tendencias y corrientes. Todos los que desean verdaderamente alcanzar el mismo fin que perseguimos nosotros, los que desean realizar las aspiraciones del proletariado, los que quieren sostener una verdadera lucha de clase contra la burguesía y combatir los peligros de nuevas guerras, no encontrarán otros medios que aliarse a nosotros, por que no tenemos que crear solamente un contacto entre los obreros de los diferentes países, no nos hemos reunido aquí sólo para hablar y discutir fraternalmente: nos hemos encontrado aquí para trazar un plan de acción común; hemos hecho nacer una organización destinada a dirigir la lucha del proletariado en los países del Pacífico. Recordemos, pues, que cada sección del gran ejército del trabajo deberá reñir muchas batallas cuyo éxito dependerá de la solidaridad inquebrantable y de la cooperación estrecha de todos los militantes.

Esperamos que el secretariado del Pacífico, que ha sido creado por nuestra Conferencia, se convierta en un arma poderosa en las manos de la clase obrera de los países del gran océano. Nuestro más ferviente deseo es que se ponga en práctica en las luchas de todos los días todas estas decisiones importantes que acabamos de adoptar. Esas decisiones las hemos adoptado voluntaria y unánimemente. Hemos sellado una fuerte alianza fraternal. Esperamos que todos los camaradas que han estado en desacuerdo hasta aquí con la mayoría, como ocurre con los camaradas japoneses, van, a base de las resoluciones que hemos adoptado, a sostener una lucha sin cuartel contra la burguesía, a ayudar al proletariado de sus países respectivos, a obtener la victoria.

Que la alianza sindical del Pacífico, cuya fundación es la obra de nuestra Conferencia, ayude a realizar el acuerdo de todos los obreros de todos los países del Pacífico.

Nuestras resoluciones no son documentos diplomáticos... Las hemos adoptado por unanimidad, no porque queramos ocultar nuestros verdaderos puntos de vista como hacen los reformistas. No hemos adoptado esas decisiones francamente, abiertamente, sinceramente. Por esto podemos declarar con confianza: hemos dado el primer paso; hemos puesto la primera piedra de una verdadera alianza sindical del Pacífico. Que ninguno de nosotros olvide la responsabilidad que ha contraído al votar esas resoluciones; que cada uno de nosotros haga lo posible por realizarlas. ¡Viva la Conferencia Sindical del Pacífico! ¡Viva la poderosa Sindical Internacional unida! ¡Viva la revolución mundial y la victoria definitiva del trabajo sobre el capital.

La Conferencia terminó con el canto de la Internacional.



La libertad de cátedra

¡Qué mal se entiende la libertad de cátedra!... Frecuentemente hemos oído retumbar esta lamentación en los lóbregos pasillos universitarios del vetusto caserón madrileño—sepultura, muchas veces, del vivo y generoso ardor que comenzara a bullir en los pechos juveniles.

La libertad de cátedra, no es la libertad del catedrático. No es lícito olvidar el mútuo respeto y colaboración que se deben, entre sí, maestro y discípulos. La exposición y crítica de doctrinas ha de hacerse con máxima imparcialidad. Si el que enseña lo hace torcidamente, aprovechándose de la ignorancia y buena fe de los que van a aprender, comete el más vituperable e inmerecedor de los abusos.

Un ejemplo: el profesor—nervioso hispano-americanizante muy significado en el capitalismo burgués—expone tendenciosamente la doctrina marxista. Si, en el diálogo del aula, un alumno pretende, al ser interrogado, fundamentar las razones de su disenso, o contrario parecer, es rechazado por la parcialidad del profesor; es interrumpido y silenciado con una broma cualquiera del profesor que deriva la cuestión por derroteros jocosos; añagaza dialéctica no muy escrupulosa—abuso de la superioridad que le confiere su magisterio—. La explicación termina interrogando a cualquiera de esa media docena de *paniaguados*—nunca falta por desgracia—que responde lo que el profesor desea y *le conviene* que responda.

El hecho es lamentable. Pero como remedio a esta injusta deficiencia está el acudir a las verdaderas fuentes de conocimiento: los libros, los hechos. Contra ellos y contra los resultados de tu reflexión—compañero estudiante—nada podrán algunos profesores sectarios. Tén fé en horas más luminosas, trabaja y piensa por cuenta propia; no depongas nunca tu eterna actitud de desconfianza.

Al fin, de todo ello encontrarás un bien. Si al combate y al triunfo de para contigo mismo, añades la lucha y el vencimiento de para con los demás, tu criterio—como el acero bien templado—será más recio, más hiriente y más poderoso.

A. M.

Romain Rolland y los estudiantes americanos

Romain Rolland es el primer gran hombre de la Europa que ha comprendido en toda su grandeza, el vasto movimiento de rebeldía y de unión que realizan las juventudes de la América Latina. Con mirada vidente, ha descubierto que

una nueva lucha por la justicia, un nuevo sacrificio por la unión y la libertad amenazada de veinte pueblos, está ya en gesta heroica. De la Europa, casi siempre indiferente a los clamores lejanos, ha surgido para nosotros, una voz de saludo y aliento en aquellas palabras fervorosas e incitadoras de Romain Rolland: «Creo en la misión de vuestros pueblos. La presiento y la invoco. Federaos: no hay que perder un solo día. Jóvenes de la América Latina, os envidio; tenéis que sacrificaros por ella, la causa más bella y más heroica.»

Hace más de veinte años, Tolstoy había sentido la atracción de nuestros problemas americanos. «El estudio del desenvolvimiento social y religioso de las agrupaciones latinas del continente americano—escribía el célebre artista ruso—ha tenido para mí irresistibles fascinaciones; su lado trágico principalmente ha sido y es motivo para mí de cavilaciones incesantes.» Pero Tolstoy no alcanzó a ver la verdadera tragedia de nuestros pueblos. Presentía nuestra derrota y profetizaba que: «mientras nuestras dolencias morales no fueran eliminadas, las agrupaciones latinas estaban destinadas a desaparecer del Nuevo Mundo, absorbidas por la colosal homogeneidad anglosajona.»

Entre aquellas palabras lejanas, perdidas ya en la muerte, y el grito alentador y optimista de Romain Rolland, hay una época. Tolstoy habló para las viejas generaciones de la América Latina (del siglo XIX), generaciones culpables quizás, por lo menos, generaciones sin grandeza y sin videncia que habían traicionado el pensamiento revolucionario de Bolívar, por el culto de nacionalismos locales e imposibles. Romain Rolland ha hablado ya a una nueva América Latina de la rebelión, y quizás a la América de la epopeya.

Después de 1918, de un lado al otro del continente latino-americano, surge una nueva conciencia de la juventud. De la vieja Universidad de Córdoba se lanza el primer grito: «Las Universidades han sido hasta aquí el refugio secular de los mediocres, la renta de los ignorantes; la hospitalización segura de los inválidos y—lo que es peor aún—el lugar donde todas las formas de tiranizar y de insensibilizar hallaron cátedra que las dictara. Las Universidades han llegado a ser, así, fiel reflejo de las sociedades decadentes que se empeñan en ofrecer el triste espectáculo de una inmovilidad senil. Por eso que la ciencia frente a esas casas mudas y cerradas, pasa silenciosa o entra mutilada y grotesca al servicio burocrático. Si en nombre del orden se nos quiere seguir burlando y embruteciendo, proclamemos bien alto el derecho sagrado de la insurrección. Entonces la única puerta que nos queda abierta a la esperanza, es el destino heroico de la juventud. El sacrificio es nuestro mejor estímulo; la redención espiritual de las juventudes americanas nuestra única recompensa, pues sabemos que nuestros males son males de todo el Continente.» Y el «derecho sagrado de la insurrección» fué ejercitado. En Córdoba, en Buenos Aires, en La Plata, en Lima, en Montevideo, en Santiago de Chile, en la Habana, en Bogotá y en Méjico, los estudiantes de las viejas universidades, alzaron la rebelión contra el pasado. En aquel movimiento tumultuoso y lírico contra los viejos sistemas educacionales, se estremecía el nuevo espíritu de la

juventud que quería libertarse de todo lo que le cerrara el paso al porvenir. Desde entonces ya hay una soia América Latina: en sus anchas tierras fecundas ha surgido una lucha que será definitiva. De un lado, el espíritu del pasado, reaccionario y empequeñecido; de otro, el empuje revolucionario de la juventud que mira luminosamente su destino. De 1918 a 1925 la conciencia juvenil se ha desarrollado y ha ido precisándose. Entonces aspiraba a una renovación de sistemas educacionales, a una confederación espiritual de nuestra América. Hoy busca una transformación más honda: lucha por la renovación de los sistemas sociales y aspira a una confederación política de nuestras veinte repúblicas, separadas por racionalismos artificiales y comunmente amenazadas por el imperialismo conquistador de los Estados Unidos del Norte.

El espíritu de la juventud latino-americana avanza siempre hacia el porvenir. Incomprendido por las generaciones viejas de nuestras burguesías, de nuestras burocracias, de nuestras oligarquías, tienen en ellas el enemigo más próximo y más implacable. Sangre joven, sangre de los nuevos libertadores de América, ha regado ya nuestro suelo; tumbas para nuestros caídos se han abierto en nuestra tierra, cada vez que la juventud ha proclamado el «derecho sagrado de la insurrección.» Pero nuestra lucha ha comenzado apenas. Nuestros enemigos son poderosos y son inexorables: ellos forman la alianza de nuestro feudalismo americano y el formidable imperialismo yanqui, animador de nuestras burguesías jóvenes, exaltador de nuestros localismos, incitador de nuestras tiranías, acreedor de nuestros gobiernos, cómplice de nuestras bastardas luchas interiores.

La juventud de la América latina tiene ante sí el gran «destino heroico» que invocaban los precursores del levantamiento de la Universidad de Córdoba hace siete años. Unir a los pueblos de América para defenderse del imperialismo sajón, derrotar a sus aliados dentro de cada uno de nuestros pueblos y libertar a millones de oprimidos que son sus víctimas seculares, he ahí nuestro gran anhelo común, he ahí nuestro credo revolucionario de justicia, he ahí la causa «bella y heroica», la más bella y heroica para el sacrificio de la juventud, que ha saludado Romain Rolland, uno de los más grandes hombres de nuestros tiempos, cuyo espíritu estremecido por las grandes inquietudes de la Humanidad, comprende y siente la inmensa tragedia de este fecundo instante de la Historia de luchas terribles y desesperadas, pero redentoras.

HAYA DE LA TORRE

NOTICIA

El día 8 de este mes, la «Asociación Profesional de Estudiantes de Derecho», celebró junta general en el local cedido por los estudiantes de Ingenieros. El secretario dió lectura a la memoria del pasado curso: labor realizada, estado de fondos, etc. Se procedió además, a la elección de nueva junta directiva.

Todos los miembros de la Asociación se hallan animados de los mejores propósitos.

[A trabajar, muchachos!]



TEATRO FONTALBA: «Mariana Pineda» por Federico García Lorca

Cuantos tenemos del teatro un concepto elevado y pensamos que la escena es dinámico escaparate de calidades humanas, hemos sinceramente de lamentar este estreno de F. G. Lorca más que por él en sí, por lo que pudiera tener de síntoma, de augurio malo, de pronóstico para una inundación teatral que—sentimos decirlo—parece avecinarse.

Hasta el presente han imperado sobre nuestros públicos la insulsa y estúpida comedia de costumbres—a base de conflictos burgueses— y el burdo y grosero género cómico que se ha dado en llamar «astrakanesco».

Desde estos momentos pudiera volcarse en el teatro toda esa literatura intelectualizada, atormentada morbosamente, que se enrosca a cierto grupo tildado de «des-humano» (in-humano fuera mejor.)

Si a nuestro repugnante teatro contemporáneo sustituye esa afectada juventud—simulacro de alborozos—que hace sofismas sobre la moda y la elegancia y juega al fútbol con los más graves, hondos y trascendentes problemas humanos, de fijo que saldremos perdiendo con el cambio.

F. G. Lorca, dijo en su autocrítica que no pretendía hacer una obra de «vanguardia» (de avanzada, fuera más castellano decir) pero ha llevado a las tablas de un escenario su lírica angustiada y enferma, de una ambigua, viscosa y blanda ternura.

Aunque la técnica teatral de «Mariana Pineda» sea muy vieja, llena de «trucos» efectistas y fáciles,—recursos de traspunte—está saturada del azúcar que más priva en esa cacareada y decadente modernidad.

Pero hay más aún. «No estarán conformes con el poeta—dice, curando en salud a su favorito, un encanecido dictador de la crítica—los que aman a una Mariana de carne y hueso, sacrificada en aras de un sentimiento por el que tantos dieron, y habrán de dar aún, la vida». No estamos conformes, no. Y aunque la sensibilidad exacerbada, erizada y ardiente del autor se desborde, a lo largo del poema, en cantidad deslumbradora de imágenes, en calidad quintaesenciada de frase, en sensacionismo de colores y luminosidad, y en apasionados temblores meridionales, todo eso, gustando mucho a los intoxicados por la droga del siglo, no hace sino confirmar al poeta Lorca en la categoría de los buenos «simuladores». Falsificar lo popular—sentimiento y canción—primorosamente, pero sin otro objeto que desgastar la médula de los espectadores, no merece una loa, sino el vituperio y el desprecio más profundo.

«Mariana Pineda», histérica apasionada, heroína por amor que se deja *ajusticiar* para que EL no la olvide nunca, es el parto lógico de ese

joven y moreno gitaño con taconcitos, que siempre nos ha parecido Federico García Lorca.

A. MARQUERIE



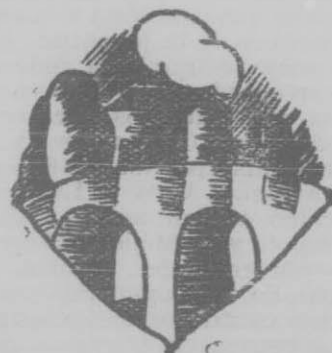
“MAHAGONNY”

Con gran éxito ha sido representada recientemente, en un festival de óperas de cámara, celebrado en Baden-Baden, la operita de Kurt Weill titulada «Mahagonny».

Kurt Weill es uno de los compositores más jóvenes de Alemania: tiene veintisiete años, es berlinés y fué discípulo de Busoni. Parece ser que ha llevado una vida accidentada y llena de privaciones que le han inclinado a ideas políticas de carácter avanzado, que refleja admirablemente en su música.

El argumento de su «Mahagonny» es difícil de contar, pues apenas consiste en números sueltos de escenas típicas de la gran ciudad ultracivilizada que, bajo el nombre de «Mahagonny» parece ser en realidad Nueva York. La trama o argumento que las reúne entre sí para dar coherencia a la obra no se expone, como de costumbre, en la escena por medio de las acreditadas conversaciones entre los personajes, ni apelando al coro de la tragedia griega, sino por el procedimiento, mucho más simple y modernista, de la «radio». Un altavoz, en efecto, va diciendo lo que ocurre, e inmediatamente aparece en las tablas la escena pertinente. La primera de ellas representa un rascacielos en construcción. No se vé más que una sección de él, ingente enredido de hierro y cables a espeluznante altura. Los obreros están colgados de cables y machacan en el hierro frío al ritmo de «rag-time», mientras exponen sus teorías subversivas y la revolución llevada a cabo por el bolchevismo y el «jazz band».

Kurt Weill se ha servido para orquestrar su obra de dos violines, dos clarinetes, dos trompetas, saxofón, piano y percusión.





CARLOS MARX. Su vida y su obra por Max Beer. (Editorial Antorcha).

EL PRÓLOGO DE TRILLA

Admirablemente prologado y traducido por Gabriel León Trilla—uno de los elementos más valiosos del movimiento obrero español—se ha publicado en castellano el excelente libro de Max Beer sobre «Carlos Marx. Su vida y su obra».

El prólogo de Trilla es ya una sugestiva anticipación—sintéticamente formulada—de la esencia del libro. Trilla pone de relieve, con su peculiar agudeza crítica, cómo el verdadero sentido de la doctrina marxista coincide con la interpretación revolucionaria de Lenin y se opone a la mixtificación social—demócrata de Kautsky. El marxismo es, en esencia—por lo que se refiere a su aspecto práctico—la lucha de clases como medio y el socialismo como fin. Uno de los eslabones necesarios de esta evolutiva lucha de clases es la dictadura del proletariado que no ha sido una invención arbitraria de Lenin, sino sencillamente: una previsión científica de Marx. De aquí que—como hace ver Trilla—los únicos discípulos fieles del marxismo sean hoy los comunistas, frente a las dos desviaciones del movimiento obrero que degeneran en la claudicación reformista y en la utopía libertaria.

Pasemos a examinar ligeramente el libro de Max Beer que nos ofrece, en acabada síntesis, una vigorosa silueta del hombre Carlos Marx y un maravilloso resumen de sus teorías fundamentales.

EL HOMBRE CARLOS MARX.—Max Beer describe la vida del MAESTRO con efusivo amor de artista. Carlos Marx irrumpe en la historia como muchacho apasionado, sediento de belleza y de verdad, lírico ardiente de los paisajes filosóficos. ¿Ignoraban ustedes que Marx era poeta? Pues ¿cómo hubiera podido, de otro modo, imaginar su obra? Si para hacer matemáticas, la primera cualidad indispensable es—según Poincaré—una poderosa imaginación ¿cómo eludirla en una tarea intelectual, de la naturaleza del marxismo?

Carlos Marx comenzó componiendo versos, inflamados por el ansia del infinito. Se apasionó enseguida por la filosofía de Hegel, en la que vio un camino certero para la posesión de lo absoluto—hambre inicial de toda alma profunda—pero, a diferencia de los hegelianos derechistas, que encerrados estúpidamente en el principio: «todo lo real es racional» propendían a justificar plenamente el mundo actual, y a

paralizarle en consecuencia, Carlos Marx, apoyándose en la esencia viva de la dialéctica hegeliana, veía el universo como un eterno «devenir», empujado por la ley de contradicción—tesis, antítesis, síntesis—y acabó por ver esta ley en el seno de la vida social, con lo que descubrió—o al menos esclareció definitivamente—el principio fundamental de la lucha de clases.

Fue entonces—hacia 1843—cuando Marx ingresó en el socialismo, con ocasión de sus estudios sobre economía política en la revista «La Gaceta Renana». Espíritu exaltado—sin mengua de su realismo penetrante—Marx hizo del socialismo una pasión vital, a la que consagró, en lo sucesivo, todo el ímpetu de su voluntad, toda la fuerza de su pensamiento.

Y vemos al hombre Carlos Marx—nada menos que todo un hombre, que diría Unamuno—despreciar honores y sinecuras sociales, lauros universitarios, delicias del hogar desahogado—¡maravillosa Jenny de Westphalen, digna compañera del héroe, que le ayudó en la empresa generosamente!—vemos a Marx dejarlo todo para abrazarse a su verdad. Y ¡con qué pasión de apóstol y mártir!

Estudios y trabajos realizados en la más terrible miseria. (Para comprar papel donde escribir su folleto sobre «El proceso de los comunistas de Colonia»—1852—hubo de empeñar en el Monte de Piedad su último frac.—Actividad inagotable en todos los frentes. Polémica con Bauer. Polémica con Proudhon. «Manifiesto Comunista». Participación en el movimiento revolucionario de 1848. Organización de la Internacional. ¡Proletarios de todos los países uníos! Persecuciones incesantes. Destierros y molestias de toda índole. Batallar sin tregua. Y en plena batalla, genio y coraje suficientes para escribir «El Capital», aparte de sus otros libros y folletos, y de la obra inmensa desperdigada en millares de páginas periodísticas y epistolares.

Produce asombro esta grandeza. Marx se aparece a todo el que lo estudia como una fuerza cósmica insondable, capaz de torcer el curso del destino. Fuera de Lenin, no hay en la Historia moderna ningún otro hombre que pueda mirar de frente a Marx.

EL MARXISMO.—El libro de Beer, dentro de su apretada brevedad, nos da una idea bastante exacta de los principios fundamentales del marxismo. En la imposibilidad de analizarlos aquí todos, me limito a bosquejar los más esenciales.

MATERIALISMO HISTÓRICO.—El orden económico constituye la infraestructura de la Historia. Sobre la base económica de cada período histórico se construyen todas las instituciones culturales del mismo. A la organización económica de los tiempos de esclavitud corresponde una cultura fundamentalmente distinta de la cultura edificada sobre la base económica feudal, o capitalista, o socialista, etc. Sólo cuando cambia de raíz la infraestructura económica, pueden variar radicalmente las instituciones de cultura. Formidable verdad desconocida—o al menos, mal pergeñada—hasta que vino Marx al mundo.

Debido a su profunda originalidad, esta teoría marxista, es la peor comprendida por el vulgo de cátedra y birrete. (Véase, como botón de muestra: «Interpretación bélica de la historia» de José Ortega y Gasset.) Suele decirse neciamente

te, con pretensiones de punzante crítica, que aunque sea verdad que la economía predetermine, en cierto modo, la cultura, no es menos cierto que la cultura influye, a su vez, sobre la economía. Pero esto no lo ha negado nunca Marx. Si Marx no hubiese creído en la posibilidad de influir culturalmente sobre el orden económico, no hubiera tenido la confianza que tuvo siempre en dos fuerzas esencialmente culturales; la unión de los obreros, y el progreso de la técnica. Marx pensaba que el esfuerzo de los obreros y los progresos de la técnica, y otras diversas fuerzas culturales, convergentes, acabarían por derrumbar el capitalismo, pero a la vez veía claramente que todas estas fuerzas culturales, revolucionarias, eran resultados, reflejos ideales, de la evolución capitalista. ¿Se concibe la posibilidad del pensamiento marxista, antes de surgir el capitalismo? He aquí cómo la evolución económica promueve, inicialmente, la evolución de la cultura, aunque a su vez sea influida por ella. La idea aparece con toda claridad en el libro de Beer.

LUCHA DE CLASES—La historia—o mejor, la prehistoria—es fundamentalmente una lucha de clases antagónicas. Sublevaciones de esclavos contra sus dueños, de plebeyos contra patricios, de siervos contra señores feudales, de burgueses contra aristócratas, de proletarios contra burgueses.

El proletariado, al triunfar sobre la burguesía—mediante una dictadura inflexible—socializará el capital y abolirá las clases, suprimiendo en consecuencia el Estado, con todo su costoso aparato de fuerza, ya que el Estado no es en realidad sino la organización violenta de la clase dominante para reprimir a la esclavizada. (En la interpretación de esta teoría, Beer coincide enteramente con Lenin en «El Estado y la revolución proletaria»).

Llegado el triunfo del proletariado comenzará la verdadera Historia: la evolución de la vida del espíritu, terminado ya el ciclo de las batallas materiales. He aquí a Marx, el poeta. Todo ha sido en el mundo, hasta la fecha, inmundicia prehistórica. Con el advenimiento del triunfo proletario, nace el sol del Espíritu. Maravillosa perspectiva encierra dentro de su trabazón lógica, toda la alegría lírica del medio día nietzscheano.

LA EVOLUCION CAPITALISTA—El fundamento del valor, como hizo ver Ricardo, reside en el trabajo. El valor de una cosa igual a la cantidad de trabajo socialmente necesaria para producirla. De aquí la injusticia del salario. El salario se limita, fatalmente, a cubrir las necesidades elementales del obrero, pero el obrero, para cubrir sus necesidades elementales, tendría bastante con trabajar la mitad de las horas que trabaja. El exceso de trabajo del obrero, con relación al valor estricto del salario constituye la «plus valía», la ganancia del capital, fundamentalmente ilegítima.

La «plus valía» (usurpación ilícita que se da, no sólo en el comercio como pensaba Proudhon, sino en todos los órdenes de la producción) constituye el motor y el alma del capitalismo. El anhelo insaciable de «plus valía» conduce al capitalismo a la superproducción que trae consigo: el progreso de la técnica, la depreciación del interés, la anarquía económica, las crisis mercantiles por falta de mercados con las guerras

imperialistas consiguientes, y en fin, la acumulación de los obreros en grandes masas, cada vez más conscientes de su fuerza y de la justicia de la causa.

El capitalismo prepara su propia tumba. Los expropiadores serán expropiados por los obreros que acabarán con la explotación del hombre por el hombre, mediante la socialización del capital. De este modo, el socialismo se nos presenta, no solo como una aspiración ideal de la conciencia humana, que era el aspecto predominante de los utopistas, sino también y sobre todo, como una consecuencia necesaria de la evolución capitalista: admirable y alentador descubrimiento del socialismo científico.

Debo advertir que, aunque he separado, para facilitar la exposición, lo referente a Carlos Marx de lo relativo a su obra, en el libro de Beer figuran unos estudios animadamente entremezclados, siguiendo el orden cronológico de la biografía de Carlos Marx, con lo que las ideas más abstrusas de este profundo pensador se incendian de vida, haciéndose así la obra de Beer, de fácil y amenísima lectura para los menos iniciados.

J. A. BALBONTIN

BABEL.--«LA CABALLERÍA ROJA»--Editorial Biblos, Madrid 1927

Los escritores rusos son los que están descubriendo mediterráneos literarios. No los franceses, los fascistas de «La Acción Française» con su blanduzco Max Jacob, su engolado Cocteau, su enfático Maurrás. Ya que está de moda eso de los meridianos, bien puede decirse que no hay más meridianos literarios que el fascista de París y el bolchevique de Moscú. Todo lo que no sea eso, no es literatura moderna. Habrá que estar afiliado a uno u otro, fatalmente, porque el tiempo actual no es el de los términos medios. Y no vale disimularlo. Esas dos vanguardias son las únicas que se disputan el porvenir. El tiempo actual, tan turbio al parecer para algunos, se nos presenta a otros tan claro que deja percibir todos los planos del cuerpo social.

Pues bien: la literatura rusa hace llegar su aliento a todos los pueblos del orbe. Mientras la francesa alista sus milicias minoritarias, la rusa despliega sus ejércitos democráticos. La inteligencia frente a la pasión. La forma en choque con lo esencial. Los franceses trabajan con sedas. Los rusos con metales. He aquí «La Caballería Roja», de Babel, metal fundido al fuego de la revolución, duro y musical como una epopeya. Una epopeya hecha a trozos. Porque el libro de Babel es como un diario de guerra de los hombres de Budienny, de los cosacos que ganaron a Wrangel («Junto a un árbol se encontraba Budienny, de pantalón encarnado con franjas de plata»). Formado de narraciones breves que un hilo de unidad enlaza hasta articular algo más sugestivo que una novela, este otro libro de la Rusia moderna representa nada menos que la aparición de un género literario, porque no es el cuento, ni la novela, sino todo esto junto y logrado. La poesía, la plasticidad y el trágico empeño de casi todas las páginas, gana al lector más distraído.

J. D. F.

BIBLIOTECA POST-GUERRA

Con el fin de facilitar a nuestros lectores el estudio de todos los problemas y doctrinas que mantienen hoy en lucha a la humanidad, hemos creado la Biblioteca de la Revista, recogiendo todo lo más interesante que sobre estas cuestiones se ha editado en español. También incluimos en la BIBLIOTECA POST-GUERRA aquellas obras literarias que por su orientación conducen a la preocupación por estos problemas.

La BIBLIOTECA POST-GUERRA, servirá cuantos libros aparezcan anunciados en esta Revista y los que figuren en las listas que iremos publicando.

Haremos los envíos inmediatamente de recibir su importe, corriendo de nuestra cuenta los gastos de franqueo.

LISTA DE OBRAS

El capital, por Carlos Marx.....	5,00	La nueva Rusia, por Julio Alvarez del Vayo...	5,00
Manifiesto del P. C., por Marx y Engels.....	0,50	Socialismo y movimiento obrero, por Sombar.	5,00
La guerra civil en Francia (<i>Historia de la Com-mune</i>), por Carlos Marx.....	0,50	Sindicalismo revolucionario, por Jorge Sorel.	4,00
C. Marx y la Internacional. Documentos his-tóricos.....	3,50	Reflexiones sobre la violencia, por Jorge Sorel.	8,00
Carlos Marx, su vida y su obra por Marx Beer.	2,00	Dios y el Estado, por Bakounine.....	1,00
Los orígenes del partido comunista bolchevique en Rusia, por G. Zinoviev.....	0,40	La Anarquía, por Eliseo Reclus.....	0,20
El mundo capitalista y la internacional.....	0,30	Artistas y Rebeldes, por Rodolfo Rokee.....	4,00
La nueva organización económica de la Rusia soviética, por H. Terracini.....	0,20	Entre campesinos, por Malatesta.....	0,20
Lenín, por León Trostky.....	5,00	El dolor universal, por S. Faure.....	2,00
Una antorcha en las tinieblas del mundo (<i>Lenín: el Hombre</i>), por Máximo Gorki.....	0,25	El Imperio de la muerte, por Korolenko, y el Ter-ror en Rusia, por Kropotkine.....	4,00
Lenín: su vida y su actividad, por G. Zinoviev.	0,50	Pan, por Knut Hamsun.....	3,75
El leninismo teórico y práctico, por Stalin.....	0,75	La espuela, por Joaquín Alderius.....	4,75
El Estado y la revolución proletaria, por Lenín.	3,50	El fuego (3. ^a edición) por H. Barbusse.....	4,75
Ideario bolchevista, por Lenín.....	3,50	Claridad (3. ^a edición). por H. Barbusse.....	4,75
El comunismo de izquierda, por Lenín.....	3,50	El resplandor en el abismo por H. Barbusse....	3,75
La tercera Internacional, por Lenín.....	3,50	Algunos secretos del corazón por H. Barbusse.	4,75
El capitalismo de Estado y el impuesto en espe-cie, por Lenín.....	3,50	Encadenamientos (2 tomos) por H. Barbusse...	9,00
La victoria proletaria y el renegado Kautsky, por Lenín.....	3,50	Los verdugos por H. Barousse.....	4,75
El A B C del comunismo, por N. Bujarín.....	3,50	Fuerza por H. Barbusse.....	4,75
El programa de los bolcheviques, por N. Bujarín	3,50	Fatalidad por H. Barbusse.....	4,75
El triunfo del bolchevismo, por L. Trostky....	3,50	Jesús por H. Barbusse.....	4,75
Terrorismo y comunismo (<i>El anti Kautsky</i>), por L. Trostky.....	3,50	Nosotros por H. Barbusse.....	4,75
Literatura y revolución, por Trostky.....	4,50	Inquietudes, versos por J. Antonio Balbontín...	2,50
¿Adónde va Inglaterra?, por León Trostky.	3,50	Las ciudades y los años, por Constantino Fedín	3,50
El cuchillo entre los dientes, por H. Barbusse..	0,30	La caballería roja por I. Babel.....	4,25
El bolchevismo y la dictadura del proletariado, por Radek, Trostky, Zinoviev, Lenín, Gorki Lunacharsky, Kolontai, Chicherín, Bujarín Nikolsky.....	4,00	Los de abajo, por M. Azuela.....	4,25
Programa de acción de la Internacional Sindi-cal, por Lozovski.....	1,50	La Mancebía de Madame Orilof, por I. Byarne.	4,25
Legislación bolchevista rusa.....	5,00	Cuentos de vagabundos, por Máximo Gorki....	3,50
El Código ruso del trabajo por F. Hostench....	4,00	Una infancia trágica, ídem.....	2,40
La Tercera Internacional, por C. Pereira.....	3,50	El patrono, ídem.....	3,60
Trayectoria de la Confederación Nacional del Trabajo, por Oscar Pérez Solís.....	1,25	Mi vida es la ninez, ídem.....	6,00
Las nuevas sendas del comunismo, por E. To-rralba.....	3,50	Los siete ahorcados, por Leónidas Andreiev...	3,75
Impresiones sobre un viaje a Rusia, por I. Ace-vedo.....	3,00	Judas Iscariote, ídem.....	3,75
		La risa roja, ídem.....	3,75
		Memorias de un preso, ídem.....	3,75
		Hacia las estrellas, ídem.....	2,75
		La vida del hombre, ídem.....	2,75
		Barbas de estopa por F. Dostoievsky.....	4,25
		La casa de los muertos, por Dostoievsky.....	4,75
		Tragedias oscuras, ídem.....	3,50
		Tres novelas, ídem.....	3,50
		Nietoschka Nezvanova, ídem.....	4,50
		El capitán Ribnicov, por A. Kuprín.....	3,75
		La nueva España 1930. G. G. Maroto.....	3,50
		Andalucía, por G. G. Maroto.....	8,75
		La crisis de la democracia europea, por M. J. Bonn.....	4,25

Administración provisional: Marqués de Cubas, 8

A principios de Noviembre:



M. J. BONN

4,50

La Crisis de la Democracia Europea

Parlamentarismo-Fascismo-Dictadura-Bolchevismo

PEDIDOS PARTICULARES Y DE LIBRERÍA A LA ADMINISTRACIÓN DE BIBLOS:

PEDRO PELLICENA :-: Alcalá, 17. - MADRID